



El nombre del diablo

Claudio López

Ilustraciones de Romina Carrara

136 páginas - 16 x 22 cm

ISBN 978-987-47698-2-4

Colección Narrativa

\$1200

A pesar de este difícil 2020 de pandemia, en *Listocalisto* estamos agradecidas porque seguimos trabajando y haciendo lo que más nos gusta: ¡fabricar libros ilustrados para quienes aman las palabras y saben volar con la imaginación!

Es por eso que, cerrando este año, estamos felices por el lanzamiento de nuestra nueva colección de Narrativa. El primer título que inaugura la serie es *El nombre del diablo*, un libro escrito por **Claudio López** e ilustrado por **Romina Carrara**.

Compartimos una entrevista en la que el autor y la ilustradora reflexionan acerca de las coordenadas por las que se mueve el libro y los universos que genera su lectura.

El nombre del diablo.

Cuentos cortos para explorar el lado oscuro de la vida.

Por **Vanina Cánepa** para *Listocalisto*.

Escrito por Claudio López y con ilustraciones de Romina Carrara, El nombre del diablo es el nuevo libro para lectores adultos que inaugura la colección de Narrativa de Listocalisto.

El nombre del diablo, escrito por Claudio López y con ilustraciones de Romina Carrara, es el libro de cuentos para adultos elegido por *Listocalisto* para inaugurar la nueva colección de Narrativa de la editorial.

A lo largo de veintitrés cuentos inquietantes, el autor construye un universo sobre los claroscuros del deseo, el desvarío y el abismo. Son cuentos que, en cuanto se empiezan a leer, ya no se pueden dejar por la tensión que late en las escenas, por el vértigo que provoca la psiquis de cada personaje y porque, a medida que avanza el relato, la atmósfera se va poniendo cada vez más extraña. Sumergirse hasta el fondo en el lado oscuro de la existencia es lo que propone cada cuento y quienes se atrevan a hacerlo de lleno quedarán definitivamente atrapados allí, hasta final de cada historia. O más aún, quedarán en esa inercia que provocan los buenos relatos.

Y justo ahí cuando terminan las palabras están las ilustraciones para seguir produciendo efectos después o incluso antes de la lectura, para llevarnos de paseo por alguno de los sentidos, para seguir explorando los cuentos en cada dibujo a veces tenebroso, a veces dramático, a veces suave como una caricia o una pausa. «Romina ve en colores. Ella tiene la capacidad de ver sutilezas en los cuentos», dice el autor sobre el trabajo de la ilustradora. Y es real, porque cada dibujo que pinta como si fuera un cuadro, está construido sobre la base de un detalle: el gesto de algún protagonista, una palabra solapada en el texto, una mínima expresión y, a partir de ahí, su lienzo blanco se mancha de líneas y colores que abren puertas a lo misterioso. «En el cuento hay palabras que brillan para mí. Los dibujos no habrían tenido lugar sin el mundo de invenciones que son esos cuentos», dice Romina.

Si bien su pasión por las letras lo llevó a escribir desde muy joven, *El nombre del diablo* es el primer trabajo que Claudio López decide editar. Nacido en Rosario en 1964, su vida siempre estuvo ligada a la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Cursó su secundaria en el Instituto Politécnico y más tarde se formó en la carrera de Ciencias de la Educación, ejerció la docencia y se desempeñó en distintas tareas de gestión.

También nacida en la ciudad, pero en 1978, Romina Carrara se licenció en Bellas Artes en la UNR y es pintora, dibujante, docente, ilustradora y autora de las publicaciones *Los chepiques* y *Mínimo común cómico*.

Antes de la presentación oficial y con mucho entusiasmo por este nuevo lanzamiento, conversamos con el autor y la ilustradora para que nos cuenten cómo fue el proceso de hacer el libro y cómo se construye de manera colectiva esa experiencia de diálogo entre la escritura y las imágenes.

Vanina. – ¿Cómo nació la idea de este libro?

Claudio. – El libro es un proyecto que tiene algunos años y es el rescate de algunos textos que fueron escritos en su momento sin pensar que este iba a ser su continente, aunque la gran mayoría se escribieron pensando en el libro. Es una suerte de libro que tiene un hilo, un hilván, digo yo, porque si bien son todas historias diferentes, hay algo que las va uniendo. Un poco el estilo, otro poco cierto aire siniestro, como le gusta decir a Silvina (Maroni, una de las editoras de Listocalisto), pero yo no creo que sean en su conjunto un relato siniestro, más allá de dos o tres cuentos oscuros. Yo prefiero usar la palabra «tensión», relatos que generan tensión. Cuando estuvieron todos los cuentos, Silvina fue quien propuso la ilustradora. Me dijo «la ilustradora ideal para este libro es Romina Carrara». Yo vi las cosas que Romina había hecho, ella tiene también su sello editorial que es *Minusculario*, y realmente vi cosas fantásticas. A mí me da pudor que ella sea la ilustradora de este libro porque tiene una trayectoria reconocida y yo publico por primera vez, a pesar de mi edad. Pero bueno, tuvo la generosidad de aceptar y acá está el libro.

Vanina. – ¿Cuándo te propusieron ilustrar el libro, ¿cómo fue el primer encuentro con esos cuentos antes de aceptar la propuesta?

Romina. – Yo soy lectora ávida. Cuando me acercaron el material, lo leí varias veces y me gustó. Me gustó estructural y estéticamente, y sentí que además había muchos links con cosas que a mí me interesaban como lectora de literatura. Ya en la primera lectura estaba concretando algunas imágenes en mi cabeza, así que eso decidió por mí más que la lógica. Entonces dije que sí, porque sentí que tenía que concretar eso. Y empezamos a trabajar con esos textos, que aún no estaban en su forma definitiva, le faltaban algunos detalles y para mí eso también estuvo bien, porque yo sentí que estaba trabajando a la par, que es muy diferente a trabajar con los textos completamente cerrados.

Claudio. — Fue muy interesante este proceso porque nosotros fuimos recibiendo las primeras ilustraciones y eso incidió en los textos. Hubo un gran diálogo que incluso implicó un cambio en el orden de los cuentos para conservar las ilustraciones tal como las había pensando Romina.

Vanina. — **El libro lleva el nombre de uno de los cuentos. ¿Por qué elegiste ese título? ¿Son estos relatos del diablo?**

Claudio. — Sí, absolutamente. Lo son en el sentido de que todas las historias que se cuentan sobre el amor, la locura o la muerte, pueden resumirse en la figura del diablo. Es lo oscuro. Este es un libro que intenta asomarse al lado oscuro de nuestra existencia. De la gente que termina en un psiquiátrico por querer cantar como Gardel y por querer parecerse, de quien acaba enloquecido porque tiene una pierna dos centímetros más corta que la otra o porque su novia lo dejó por otro. En cada relato, el riesgo de volverse loco está ahí, a la vuelta de la esquina. Y los personajes hacen cosas oscuras a medida que se enfrentan a ese abismo de locura.

Vanina. — **Antes usaste la palabra «tensión», que es la palabra que mejor define lo que atraviesa todos los relatos. Esa necesidad de seguir leyendo y avanzando para saber qué va a pasar. Hay un ritmo interno ahí muy ajustado en los cuentos. ¿Cómo trabajaste eso?**

Claudio. — Creo que esto se responde en buena medida a partir de la noción del cuento corto como formato. En un espacio tan breve, que plantea el desafío de optimizar las secuencias clásicas de cualquier narración: introducción, desarrollo y desenlace; hay que hacer de la introducción y del desenlace los segmentos más breves. La mayoría del espacio tiene que quedar para el desarrollo. Casi todos los relatos se presentan en un par de párrafos y se rematan en pocas líneas, esto contribuye a generar una sensación de vértigo y la tensión que se va alimentando. *En el desierto*, por ejemplo, tiene un personaje que va a parir y el lector no sabe si va a llegar al hospital, si le va a pasar algo, si va a chocar la camioneta, porque va a toda velocidad por un camino de ripio, si ellos van a ser útiles atendiendo un hipotético parto. Se sugieren un montón de problemas, aunque no estén explicitados de entrada y la tensión es muy grande porque el relato está enmarcado en un paisaje que es duro, extenso, infinito, sofocante por el calor. Y después tiene un final corto que, como en otros relatos, descomprime. Puede tener un final feliz o no. Bueno, creo que final feliz no tiene casi ninguno (risas). Pero es una forma con la que me siento cómodo.

Vanina. — **A propósito de eso, hay algo del orden de lo abrupto en los finales.**

Claudio. — Si, bueno, por esto mismo que te estaba diciendo y que lo facilita la estructura de este tipo de formato que es el cuento corto. Algunos finales son más introspectivos, como el de *La fiesta del sábado*, que es un relato que plantea la problemática de la vejez y de las relaciones familiares en una familia longeva, como las que estamos viendo y vamos a ver cada vez más. Los chicos que nacen ahora van a vivir cien años, entonces todas las familias van a tener bisabuelos y va a haber cuatro generaciones. Y va a darse esto de una persona centenaria que va a tener a sus hijos vivos y que serán también longevos, y que se reprochen cosas. En ese cuento la tensión está dada por el tipo de vínculo, por la naturaleza del vínculo que tiene madre e hija, que es un conflicto. Yo creo que la mayoría de los cuentos tienen un final abierto, la historia sigue contándose. Algunas personas a las que le adelanté el título del libro me dicen «¿cuál será el nombre del diablo?». Espero que no se lleven una desilusión, el cuento que cierra el libro y le da el título se centra más en el conocimiento de

un nombre que en el nombre en sí. Casi que es una disputa por el saber entre sus personajes.

Romina. — A tono con la idea de que el arte son preguntas, no respuestas. Respecto de los finales, como lectora yo encontré esa sensación extraña de que no era un final como los conocemos, sino que era como una continuación de ese cuerpo medio del texto. Lo que sucedía es que uno quedaba en la inercia y había una suerte de ejercicio de volver atrás para ver qué había pasado ahí en ese punto de culminación. A la hora de sentarme a dibujar, eso generó también un montón de cosas en el trabajo.

Vanina. — **¿Y cómo se traduce esa tensión en los dibujos? Cómo se trabajó esa tensión en la paleta de colores? Hay blancos, negros, rojos, amarillos.**

Romina. — Respecto de los dibujos y la tensión, los dibujos están atados a cierta parte de los cuentos. Algunos acompañan, otros profundizan, otros se alejan un poco y exploran algún otro sentido que ese cuento dispara. Ahí también se genera un diálogo. El contraste más primario es el blanco y negro, pero después otros colores contrastan entre sí muy fuertemente. El contraste también es tensión. Para mí eso tenía que estar: la fuerza de la línea, la sensación cortante del contraste de los colores, y tenían que estar también el blanco y negro, a veces para cortar o para hacer un pequeño descanso de esa estridencia. Algunos dibujos realmente son como pequeños gritos de culminación y otros son un descanso, una manera de pensar en un objeto o descansar la mirada en algo simbólico.

Claudio. — Ella con las ilustraciones expresó mejor que yo con las palabras determinados climas o tensiones. Es muy cierto esto de que la ilustración narra complementariamente.

Vanina. — **¿Cuál fue la técnica de trabajo en las ilustraciones?**

Romina. — La técnica es acrílico sobre lienzo imprimado. Trabajar sobre lienzo me permite desarrollar dos técnicas que me interesan mucho: por un lado, manchar la superficie con el pigmento aguado, con lo cual busco ese azar que abre puertas a lo misterioso; por otro lado, el trabajo de línea que es más controlado y permite una gran definición. Estas dos maneras de abordar la imagen son las que generan la tensión de la que hablábamos antes.

La línea es siempre negra, los planos y manchas son los colores, a veces se superponen, se yuxtaponen y a veces conservan su autonomía. El proceso de trasladar un cuadro a una imagen digital es simple: se hace una fotografía que luego se revela digitalmente, ajustando los colores y otras variables en el archivo.

Vanina. — **Además de la tensión, hay algo del orden de lo temático que hilvana todos los cuentos. La recurrencia a la muerte y, por contraposición, a la vida, el desamor, la soledad, el desencuentro con otros y también con uno mismo.**

Claudio. — Yo creo que se escribe sobre los grandes temas existenciales, en verdad. Quizás hay que ponerse de acuerdo sobre cuáles son esos temas existenciales. Una de las ideas para promocionar el libro era «robarle» a Horacio Quiroga y poner debajo del título, «23 relatos de amor, locura y muerte». Después lo descartamos porque la cita era demasiado explícita. Pero sí, creo que hay algunos cuentos que hablan de la locura de manera explícita. Gardelito (personaje de *Loco por Gardel*) es un personaje decididamente insano. El otro cuento de un tipo que se vuelve loco a sí mismo (o fue vuelto loco, porque nadie nace loco, algunos ayudan o ayudamos) es *Defecto*. Esos son relatos directamente de la locura, pero también hay mucho de locura en ir a buscar a tu pareja a un recóndito pueblo del norte de tu país (como pasa en *Movimientos*) y así en otros cuentos. Yo creo que esos son los grandes temas, el amor o el desamor, la locura y la muerte.

Romina. —Creo que hay una palabra que viene muy a propósito para describir el clima general, por lo menos, lo que a mí me produjo, que es la palabra «extrañeza», que engloba un poco estas cuestiones. Locura, muerte, obsesiones, encierros, malos entendidos. Hay una cuestión de extrañeza ahí flotando en todo eso.

Vanina. — **Al leer el cuento *Esa extraña afición se produce una asociación muy directa con Samanta Schweblin, con su cuento *Pájaros en la boca*. ¿Qué influencias de otros escritores sentís que hay en este libro?***

Claudio. — Eso me dijeron. Vos sabes que nunca leí un libro de Samanta Schweblin. Debo haber leído dos cuentos. Me encantó lo que leí. Y después Silvina me mandó ese cuento para leerlo. La verdad es que su nivel es inalcanzable. Lo poquito que leí me pareció de una maestría increíble. Por otro lado, reconozco como una influencia a Silvina Ocampo. Es una escritora que me fascina leer y que, lamentablemente, no tuvo tanta repercusión, tal vez porque estuvo bajo la sombra de Bioy Casares y de Victoria (Ocampo), pero realmente me parece una gran escritora, una de las grandes de Argentina. La leí en mi adolescencia y la retomé cuando se publicaron las antologías de sus cuentos.

Vanina. — **¿Qué le aporta la ilustración a un texto, y a estos textos en particular?**

Romina. — Tal vez la ilustración en un texto puede ayudarte a llevarte de paseo por alguno de los sentidos posibles, que no son todos nunca. Una de las riquezas es esa, es un paseo visual que agrega o que suma a la experiencia del lector. Hay ilustraciones que pueden tener mayor carga de narratividad, el dibujo puede ser más cerrado, pero yo intento que no, que haya apertura y que haya diferentes caminos y puntas para pensar. Por ejemplo, en la ilustración del cuento *En la basura*, justamente traté de armar un dibujo caótico como la basura, en donde los componentes pudiesen ser partes como de un rompecabezas, partes que se puedan armar, que se puedan pensar de nuevo y que permiten incluso volver a recorrer el cuento a partir de alguna cosa que uno vio o que identificó en la imagen.

Vanina. — **A propósito de la palabra «rompecabezas», la ilustración que acompaña el cuento *No se aguanta* tiene la imagen de un rompecabezas. Una imagen que se construye a partir de esa palabra que aparece al final del relato y que provoca un efecto de sentido nuevo al terminar el cuento.**

Romina. — Claro, a veces el dibujo es una sorpresa que parte del mismo texto. Una palabra que a lo mejor en el texto está solapada. En el cuento hay palabras que brillan para mí. Hago una lectura inmersiva y a la vez estoy prestando atención a qué cosa está destacada para sumergirme en la imagen. Con esa palabra me pasó que brillaba. Yo trabajo los dibujos como cuadros. Cada uno para mí es un cuadro con su pequeño mundo y con su autonomía, además de haber nacido de esas palabras y de haberse modificado después. Se debe a las palabras, pero, además, genera algo independiente. Eso no habría tenido lugar sin el mundo de invenciones que son esos cuentos.

Claudio. — Romina ve en colores. Yo veo en blanco y negro. Un papel blanco con letras negras. Ella tiene la capacidad de ver sutilezas. Esa ilustración le da al relato una vuelta de tuerca que yo mismo no había pensado. Me hizo hablarlo con mi psicoanalista (risas). Cuando te toman la palabra que vos soltaste así, como sin casi darte cuenta. Lo que tiene ese tipo (el protagonista del cuento) es la cabeza partida, tiene un rompecabezas y tiene que juntar todos los pedacitos y ver qué hace.

Vanina. – También esta idea del libro ilustrado como objeto, como obra de arte, ¿cómo lo piensan?

Romina. – Tal cual. Yo soy muy consumidora de libros de imágenes, de dibujantes, libros ilustrados, de arte. A mí me parece que la imagen tiene un peso muy fuerte en el recuerdo. El texto también, pero la imagen a un nivel diferente de la memoria. Hay momentos donde la memoria busca una imagen, esa imagen puede ser visual o textual, pero para quienes tienen alguna sensibilidad un poco más orientada a lo visual, enseguida de un pantallazo te encontrás inmerso en una experiencia en donde estuviste. Es un impacto mucho más inmediato. No quiero decir con esto que sea mejor o peor que la experiencia de la lectura, para nada. Quiero decir que se articula y dialoga en otro plano. Lo cual a mí me interesa muchísimo. En realidad, un libro ilustrado, cuando volvés a él, volvés a la relectura, ves todo. Es el texto y la imagen en simultáneo.